

Amanda H. Podany

El antiguo Oriente  
Próximo  
Una breve introducción



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Ancient Near East. A very Short Introduction*

Publicada originalmente en inglés en 2014.

Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press.

Traducción: Javier Alonso López

Primera edición: 2016

Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Relieve de la escalera que conduce al Tripylon, representando a un medo, Persépolis

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Oxford University Press, 2014

© de la traducción: Javier Alonso López, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-275-4

Depósito legal: M. 36.502-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Nota sobre las traducciones
13	Agradecimientos
15	1. Arqueología y entorno
34	2. El comienzo de las ciudades (3600-2900 a. C.)
50	3. El período Dinástico Arcaico (2900-2334 a. C.)
67	4. El Imperio acadio (2334-2193 a. C.)
82	5. La Tercera Dinastía de Ur (2193-2004 a. C.)
99	6. Las antiguas colonias asirias (1950-1740 a. C.)
114	7. El período Babilónico Antiguo (2004-1595 a. C.)
132	8. El Bronce Reciente (1595-1155 a. C.)
150	9. El Imperio neoasirio (972-612 a. C.)
167	10. El Imperio neobabilónico (612-539 a. C.)
183	Cronología
185	Referencias
191	Lecturas adicionales
197	Lista de ilustraciones
199	Índice analítico



*Para mis padres,  
Margaret y Brian Hills*



## Nota sobre las traducciones

Todos los textos y nombres propios citados fueron escritos originalmente en escritura cuneiforme y en lenguas antiguas (acadio, sumerio e hitita). En las traducciones eruditas de los textos antiguos, normalmente se representan ciertos sonidos mediante diacríticos (por ejemplo, š, š̄, ṭ, ḥ). En este libro, estos símbolos han sido sustituidos por sus equivalentes más cercanos en el alfabeto latino. La grafía utilizada para los nombres propios también varía entre los expertos; he intentado utilizar la forma más común para cada nombre.

Puesto que las tablillas cuneiformes están a menudo rotas o dañadas, los textos rara vez están completos. En las publicaciones de textos cuneiformes, es habitual introducir las secciones reconstruidas entre corchetes ([...]). Solo he omitido estos corchetes en las traducciones allí donde las reconstrucciones son evidentes y no están sujetas a controversias.

Sin embargo, a fin de aclarar el significado de un texto, otra convención de las traducciones seguida en este libro es la de añadir palabras que no se empleaban en las lenguas antiguas. Estas palabras aparecen entre paréntesis dentro de la cita.



# Agradecimientos

Cuando Nancy Toff me preguntó si estaría interesada en escribir este libro, supe que sería un reto fascinante, y me mostré encantada de responder que sí. A ella le debo toda la ayuda y consejo que me ha prestado como mi editora y amiga.

Gracias también a las demás personas de Oxford University Press que han contribuido en el proceso de producción de este libro, incluidos Joellyn Ausanka, Gwen Gethner, Max Richman y Mary Sutherland; a Steven Garfinkle y Gary Beckman por sus consejos en capítulos concretos; a varios revisores anónimos por sus excelentes sugerencias; y a Hans Nissen por permitir utilizar su copia autógrafa del texto cuneiforme.

Como siempre, agradezco el apoyo de mis maravillosos compañeros en el Departamento de Historia del College of Letters, Arts, and Social Sciences de Cal Poly Pomona, incluida la decana Sharon Hilles.

Dedico este libro con mucho amor a mis padres, Margaret y Brian Hills, que fomentaron mi interés por el mundo antiguo desde la infancia.

Y a mi familia, Jerry, Emily y Nick: sois los mejores.

# 1. Arqueología y entorno

La civilización en el antiguo Oriente Próximo fue tan duradera como exitosa. Los tres mil años que van desde el 3600 hasta el 539 a. C. abarcan una era de innovaciones y logros considerables. Con razón esta región es conocida como la «cuna de la civilización». Aquí, hombres y mujeres intentaron por primera vez vivir juntos de manera pacífica en ciudades densamente pobladas, y mediante leyes y hábitos hallaron formas de crecer y prosperar. La imagen popular de la historia como un relato de progreso desde la barbarie primitiva hasta la sofisticación moderna queda absolutamente desmentida por el estudio del antiguo Oriente Próximo, donde, por ejemplo, en los primeros tiempos, las mujeres gozaron de muchos derechos y libertades: podían ser titulares de sus propiedades, regentar negocios y representarse a sí mismas en los tribunales; los diplomáticos viajaban entre las capitales de las grandes potencias asegurando la paz y la

amistad entre los reyes; escribas y eruditos estudiaban las estrellas y podían predecir eclipses y los movimientos de los planetas. Algunos de estos logros se perdieron durante los siglos siguientes, para renacer únicamente en épocas más modernas.

Quizás el legado más obvio del antiguo Oriente Próximo pueda verse en nuestras unidades de medida. Los mesopotámicos inventaron un sistema matemático basado en el número 60, y todas las unidades de base 60 de nuestro mundo moderno (incluidos los segundos, minutos y grados) han llegado hasta nosotros, de una manera o de otra, desde Mesopotamia. Otros legados llegaron de un modo más tortuoso. La ley, por ejemplo, inventada en Mesopotamia hacia el 2100 a. C., nunca se olvidó, aunque las leyes de los mesopotámicos guardan muy poco parecido con las que se usan hoy en día. A nuestro alrededor se pueden ver los ecos de las civilizaciones del antiguo Oriente Próximo

Esta zona resulta fascinante e importante no solo por el enorme impacto que tuvo sobre civilizaciones posteriores, sino también por la forma en la que su historia se perdió durante siglos, y volvió a salir a la luz como resultado de excavaciones arqueológicas y del desciframiento de antiguas escrituras. La historia no está completa ni mucho menos, y cambia sutilmente cada año a medida que se encuentran nuevos objetos y textos y se reinterpretan los antiguos. Lo que se puede incluir en cualquier historia del antiguo Oriente Próximo viene determinado, casi por completo, por lo que se haya encontrado sobre el terreno. Tras su desaparición, durante siglos apenas se conservó recuerdo de la civilización más allá de

unas pocas referencias en la Biblia y en las obras de un puñado de autores griegos y romanos. Hasta que en el siglo XIX comenzaron las excavaciones arqueológicas y se descifró la antigua escritura cuneiforme, prácticamente nadie podía imaginar lo trascendental que fue el Próximo Oriente antiguo para la historia del mundo.

## Testimonios arqueológicos

En cierto modo, somos tremendamente afortunados respecto a los accidentes de la historia que nos han legado los testimonios arqueológicos de los pueblos del antiguo Oriente Próximo. Sobre otras culturas sabemos mucho menos porque nos han llegado muchos menos testimonios y objetos.

Una gran ventaja para la conservación de esta civilización fue que en algunas partes del Oriente Próximo –especialmente en el sur de Mesopotamia, donde se construyeron muchas de las primeras ciudades– se disponía de muy poca piedra o madera. El clima caluroso y seco de esta región no permitía el crecimiento de pinos y cedros de troncos altos y rectos, que resultaban ser los más adecuados para la construcción, y que por tanto debían ser importados.

Esto fue malo para los mesopotámicos, pero bueno para nosotros, ya que utilizaron madera solo cuando resultaba absolutamente necesario (en tejados y puertas, por ejemplo), y se mostraron altamente imaginativos en el empleo del barro y la arcilla: construyeron con arcilla, fabricaron recipientes con ella, hicieron crecer sus cose-

chas sobre ella y escribieron sobre ella. A diferencia de la madera, la arcilla no se descompone, y además, por fortuna, no es fácilmente reciclable: mientras los troncos de madera o los bloques de piedra pueden reutilizarse en un edificio detrás de otro, un muro desmoronado hecho con ladrillos de arcilla suele derribarse (dejando en pie unos cuantos centímetros de pared), nivelando los ladrillos dentro de lo que había sido la habitación a fin de crear un suelo nuevo que se apisonaba a continuación. Luego se traían ladrillos de barro para construir las paredes de la nueva estructura. Y así, en gran parte del Próximo Oriente, el nivel del suelo en pueblos y ciudades fue ascendiendo gradualmente a medida que una generación tras otra construía sus hogares sobre los restos nivelados de edificios más antiguos; solo en muy contadas ocasiones alguien destruyó estos niveles más antiguos. Sencillamente, se conservaron al ser ignorados.

Entre los escombros sobre los suelos de edificios olvidados, revestidos de barro en niveles posteriores (no solo de casas, sino también de palacios, templos, oficinas administrativas, talleres, etc.), se encontraban los desperdicios que nadie se había preocupado de conservar o quitar. Los recipientes cerámicos rotos no servían para nada; estaban esparcidos por muchos suelos, junto con restos de comida, cestos viejos, esteras y documentos pasados de fecha, que habían perdido su importancia y a menudo estaban rotos. Estos documentos incluían cartas acerca de cuestiones resueltas mucho tiempo atrás, contratos de propiedades adquiridas por padres o abuelos, tareas escolares, listas de personas que habían trabajado juntas en proyectos ya olvidados, préstamos paga-

dos... Hoy en día también tenemos documentos similares en nuestros hogares, pero como la gente del antiguo Oriente Próximo escribía sobre arcilla, muchos de estos documentos han sobrevivido (especialmente si se incendió la casa, ya que de ese modo se coció fortuitamente el barro). Gran parte de los escombros y desperdicios de la vida diaria, incluidos estos tipos de documentos, fueron abandonados y enterrados cuando se edificó un nuevo nivel de construcción encima del anterior, y así una y otra vez.

De esta manera fue como a lo largo de siglos y milenios se crearon cientos de enormes montículos (denominados tells) en cuyos niveles inferiores están enterrados los materiales de los asentamientos más antiguos, y en los superiores encontramos los restos de épocas de ocupación más recientes. Algunas veces el lugar no ha sido abandonado, y en su cima y alrededor del antiguo tell sigue prosperando una ciudad. Las actuales Alepo, Damasco y Erbil, por ejemplo, albergan en su núcleo un tell que marca el emplazamiento original de la ciudad, la cual ha florecido allí desde hace miles de años.

En el interior de cada uno de estos montículos ininterrumpidos se encuentran todos los restos estratigráficos de muros, suelos y calles de comunidades anteriores con objetos y documentos justo en el lugar donde fueron abandonados (a menos que fueran alterados por animales o por pozos excavados posteriormente). Puede que no sea una cápsula del tiempo tan perfecta como una ciudad enterrada en ceniza volcánica, caso de Pompeya, pero cada tell es un almacén de información cerrado con llave hace miles de años.

Cuando se llevan a cabo excavaciones en estos tells intactos, se pueden extraer perfectamente gran cantidad de conocimientos acerca de la antigua comunidad con un daño mínimo. El estudio de la estratigrafía –las capas de ocupación bajo el nivel del suelo actual del yacimiento– permite a los arqueólogos situar los objetos y edificios tanto en el tiempo como en el espacio. Los testimonios salen a la luz muy lentamente: las excavaciones modernas se desarrollan a menudo a un ritmo glacial, pues los arqueólogos registran cada muro, cada objeto, cada capa de ceniza con mucho cuidado, pero se pierde muy poca información. Esta abarca desde el contenido de los recipientes, que nos informan sobre lo que comía la gente o la forma en que se organizaban los documentos en archivos, hasta los usos de cada habitación y la disposición de todo un vecindario (lo que a veces es posible conocer incluso sin desenterrarlo). Los historiadores y epigrafistas pueden leer y analizar los documentos encontrados, identificando en ocasiones los nombres de las personas que trabajaron y vivieron en los edificios, aprendiendo sobre sus preocupaciones, sus creencias religiosas, sus relaciones con los vecinos, sus matrimonios e hijos y su trabajo para el estado o el templo. Comunidades enteras vuelven a la vida mediante el meticuloso estudio de estos detalles.

Por desgracia, sin embargo, no disfrutamos de este lujo para buena parte de las ciudades del antiguo Oriente Próximo, pues la mayoría distan mucho de estar intactas. Algunos de los tells más importantes y grandes han sido saqueados durante más de dos siglos, al principio por los primeros arqueólogos, que no supieron hacerlo



mejor, y posteriormente por buscadores de tesoros y ladrones. Hubo equipos de excavación que pasaron como tornados por los yacimientos, abriéndose camino a través de habitaciones, calles, palacios y templos, destruyendo paredes y suelos, descartando cualquier cosa que no fueran objetos que consideraran merecedores de estar en un museo o que pudieran ser vendidos por una buena suma, dejando así una tierra baldía donde una vez existió una frágil cápsula del tiempo. Aún hoy en día, los saqueadores llegan a muchos yacimientos antes de que los arqueólogos tengan la oportunidad de llevar a cabo cuidadosas excavaciones, especialmente en Iraq y Siria como resultado de las guerras que se libran allí. El paso de los saqueadores ha dejado en algunos yacimientos tantos cráteres como en la superficie de la Luna. La tragedia de todo esto es que no se puede recuperar nada de lo que se haya destruido en el transcurso de esas excavaciones salvajes o del saqueo; gran parte del conocimiento que se podría haber obtenido en estas antiguas ciudades se ha perdido para siempre.

La comprensión del antiguo Oriente Próximo siempre resultará vital para tener una visión de conjunto de la historia humana. No importa cuántos milenios se prolongue la civilización: su comienzo (la primera escritura, las primeras ciudades, las primeras leyes, etc.) siempre estará en el Próximo Oriente. Lo que se ha perdido no solo se ha perdido para nosotros, sino para toda la humanidad del futuro. La historia de los orígenes de la civilización siempre estará menos completa que si todas estas ciudades, en lugar de ser saqueadas, hubieran sido excavadas metódicamente.

Entre los extremos de la excavación cuidadosa y el saqueo desenfrenado hay yacimientos en los que, por diferentes razones, los estudiosos modernos han perdido alguna información vital (aunque no toda). Algunos fueron excavados correctamente, dada la tecnología de la época, pero las excavaciones tuvieron lugar antes de que se desarrollasen las técnicas modernas. Hubo ciudades antiguas que fueron excavadas a toda prisa, o por cientos de trabajadores contratados, impidiendo de esta forma que se conservase un registro adecuado de lo que se iba encontrando. En algunos casos, las paredes de ladrillos de adobe no fueron reconocidas como tales y se destruyeron. Además, algunos yacimientos han sido sacrificados ante la necesidad de agua y energía hidroeléctrica cuando se construyeron presas en los venerables ríos, y los embalses que se crearon sumergieron las ciudades antiguas. En estos casos, se organizaron excavaciones de urgencia para conservar todo lo que se pudiera encontrar en el transcurso de un número limitado de campañas de excavación, pero la mayoría del material de estos tells acabó bajo el agua. No solo se ha perdido una gran cantidad de información a causa de los saqueadores y los primeros arqueólogos, sino que el material del que disponemos es tan solo una mínima porción comparado con lo que continúa enterrado, esperando a ser descubierto por los arqueólogos del futuro, que probablemente contarán con mejores medios para preservar y extraer información de las pruebas físicas que encuentren.

Por lo tanto, una historia del antiguo Oriente Próximo depende de lo que se haya descubierto sobre el terreno y de cuándo y por quién haya sido encontrado. Los estu-

diosos modernos siguen la estela de los primeros entusiastas (y ladrones), recomponiendo pieza a pieza una historia de lo que dejaron tras de sí, aprendiendo todo lo posible de los objetos y tablillas aparecidos, y de los informes de las excavaciones. Las conclusiones a las que llegan las combinan con las que se han extraído de las excavaciones modernas a fin de lograr un retrato lo más completo posible del antiguo Oriente Próximo. La historia política que resulta es incompleta, incluso para los reyes y los estados, que son de los que más sabemos. Sin duda, los futuros historiadores estarán mejor informados de lo que ahora lo estamos nosotros.

## Geografía, clima y recursos naturales

Definiremos el antiguo Oriente Próximo como la zona que abarca los «territorios cuneiformes», es decir, las regiones del mundo antiguo en las que se empleó la escritura cuneiforme (consistente en unas pequeñas líneas rematadas en cuña que se combinaban para formar símbolos), principalmente sobre tablillas de arcilla, como el medio más común de comunicación escrita. Estas tierras fueron Mesopotamia (el moderno Iraq, en donde hubo estados con diferentes nombres: Sumer, Acad, Babilonia y Asiria), Siria, Elam (parte de lo que más tarde se conoció como Persia) y Anatolia (moderna Turquía). Aunque en algunas ocasiones se utilizó la escritura cuneiforme tanto en Canaán como en Egipto, ambos territorios tenían otros sistemas de escritura con un uso más generalizado, y serán tratados en este libro solo en el contexto

de sus relaciones comerciales y diplomáticas con las tierras cuneiformes.

El empleo de la escritura cuneiforme no es una distinción arbitraria entre las civilizaciones antiguas; las tierras cuneiformes tienen mucho más en común que el mero uso de la misma escritura. Desde el inicio de la civilización urbana en el cuarto milenio a. C., las tierras de Mesopotamia, Siria y Elam mantuvieron estrechos contactos entre sí, debido a que las primeras ciudades del sur de Mesopotamia establecieron colonias en territorios más al norte y al este. En los milenios posteriores, los pueblos de estas tres regiones fueron a veces aliados y a veces enemigos, además de constantes socios comerciales. Mesopotamia y Siria estuvieron en ocasiones unidas bajo un solo imperio, mientras que Elam, por lo general, se quedó al margen de estos estados de mayor tamaño.

Anatolia no fue una extraña para las tierras cuneiformes ya desde el tercer milenio a. C.; en épocas posteriores surgieron en esta zona leyendas locales que sostienen que el gran rey acadio Sargón se había aventurado hasta el interior de la meseta anatolia durante sus campañas en el siglo XXIV a. C. Sus habitantes disfrutaban de una sofisticada cultura urbana, y comerciaban con las tierras que estaban a su alrededor, incluidas Mesopotamia y Siria. A comienzos del segundo milenio a. C., Anatolia se unió al mundo cuneiforme. En un primer momento, fueron los comerciantes procedentes de Asiria quienes introdujeron esta escritura, y unos pocos siglos más tarde fue adoptada de manera generalizada por los hititas, los cuales asumieron muchas de las convenciones culturales de sus vecinos meridionales, como la comunicación por

medio de cartas, el establecimiento de tratados por escrito con aliados, la creación de archivos con documentos administrativos y religiosos del palacio y de los templos, y un gobierno con ayuda de burócratas, gobernadores y reyes vasallos.

Aunque las tierras cuneiformes compartían muchos aspectos de su cultura, eran muy diferentes desde el punto de vista geográfico. El clima y el paisaje físico no han cambiado mucho desde aquella época, de manera que podemos hacernos una idea de estos antiguos lugares explorando las regiones tal y como son en la actualidad.

El sur de Mesopotamia sería un desierto inhóspito a no ser por los dos ríos que surcan sus amplias llanuras. El Tigris, de corriente rápida, y el Éufrates, algo más lento, depositan los sedimentos a lo largo de su curso. Al carecer de lechos rocosos, los ríos siempre han sido volubles, dispuestos a cambiar su curso completamente después de una inundación. En la actualidad fluyen bastante alejados de las antiguas ciudades que un día dependieron de ellos. La gente de Mesopotamia dominó y domesticó los ríos, en especial el Éufrates, controlando su gran fuerza y utilizando sus aguas para cubrir muchas de sus necesidades: regaban los campos, navegaban con barcos repletos de mercancías y personas, lavaban, bebían (preferían la cerveza), pescaban y llenaban los fosos que rodeaban sus ciudades.

Aunque probablemente tuvieron lugar inundaciones catastróficas durante los primeros asentamientos, que quizás destruyeron algunas comunidades y las sepultaron bajo varios metros de lodo –algunos vagos recuer-